

MINIATURA

Con la paciencia de un beneditino
que fervorosamente va miniando
la letra de un Misal, yo voy copiando
en un soneto tu perfil divino.

Sereno el pulso para el trazo fino;
tu frente y tu nariz, la voy trazando,
y tu graciosa boca dibujando
con sus labios, de tono purpurino.

Y esas hebras del sol de tu peluca
con sus graciosos rizos en la nuca,
y tu garganta de inicial secreto...

Sólo me falta el resplandor celeste
de tu dulce mirada, pero, éste...
se me escapa del marco del soneto.

Manuel MONTERREY

ESPAÑA y la INMACULADA

LA LIRA DE LA ESPAÑA ETERNA, CANTA EL MISTERIO INMACULISTA DE MARÍA

Sólo en el orden poético, la musa popular española pueda ofrecer más de 15 000 himnos en honor de la Purísima Madre de Dios.

El poeta español Prudencio, el primero que cantara la Concepción sin mancha, de la Virgen María.

por MARCELINO GONZALEZ-HABA



El arco triunfal, por donde van pasando los cruzados de María, se ha calificado la incomparable historia de España.

Pero el sentimiento literario es la manifestación más bella del alma de un pueblo, alcanzando mayor grado de vivencia cuando es la expresión del sentido religioso de la vida comunitaria.

Así, el apasionante misterio de la Concepción sin mancha de la Virgen, representa, en la canción de los siglos, el claro signo dominador de nuestro pueblo. La creencia en el misterio de la pureza original de la Santa Madre de Dios, es como el hilo de oro de la teología mariana que une los diversos estilos y formas literarias tanto en prosa como en verso.

Y la literatura popular y la erudita de España, es el más sólido argumento de tan atrayente tesis. Porque sólo en el orden poético la rica musa española puede ofrecer, en más de 15.000 himnos, su hermosa fecundidad en honor de la Purísima Virgen María.

De este modo no es extraño que el primer poeta cristiano que cantó el misterio inmaculista, sea un español, Aurelio Prudencio. Difícil será encontrar en literatura algún otro que le adelantase a este vate celtibérico en asegurar, que la Virgen no sufrió la mordedura del primer pecado.

Y es, que el amor de los españoles al misterio de la limpia Concepción de María se inicia, como una plegaria perdurable, con la predicación del cristianismo y florece en el alma hispana a medida que avanzan las perspectivas maravillosas de nuestra fe.

Pero si la poesía inmaculista quedó por algún tiempo sofocada, la ciega confianza en la pureza original de la Virgen aparecía flotando sobre el inmenso naufragio visigótico. Al fin, María fue la inspiradora de la vida nacional que comenzó de nuevo a palpitar en Covadonga, bajo el dosel de su manto protector.

Muy pronto en este ambiente de lucha, y ansias de retorno, por los fueros de la Religión y la Patria, nació el idioma hispano, comenzando, desde entonces, una floración épica con relieves reli-

giosos y definido amor a María. El nombre de María Inmaculada suena en los primeros ensayos de la balbuciente musa castellana. Suena en la poesía didáctica de Gonzalo de Berceo, quien nos señala con mano maestra la profundidad del dogma inmaculista.

Ahora, que el primer poeta castellano que versifica sobre la Inmaculada, fue el Rey Sabio, figura cumbre de la literatura medieval. Sus Cantigas, aparte de las manifestaciones inmaculistas, destacan también los privilegios marianos de la Asunción de María y su Mediación universal. Y este testimonio arrancado a la lira del famoso autor de las Partidas es de superior excepción pues que aparece escrito en la sonora lengua gallega.

Otro poeta enamorado de la limpieza original de María fue el Arcipreste de Hita, la figura más ilustre de la antigua literatura castellana. El Arcipreste, llamaba a la Virgen: Estrella resplandeciente, sin mancilla de pecado—Santa—flor non tannida.

Un nuevo portento de la inmunidad de María le contemplamos en las postrimerías del siglo XIII y en los albores del siguiente, que se llamó, Raimundo Lulio. A Lulio, se le ha considerado como el Escoto español. Y el célebre jesuíta, P. Mir, le atribuye la primacía de haberse anticipado a la doctrina concepcionista del inmortal franciscano.

En estos siglos se libran las batallas más duras inmaculistas, y de entre las zarzas, al fin, había de triunfar la llama radiante del celeste privilegio mariano.

Pero son numerosos los escritores y poetas que caen del lado de la pureza original de María. Entre sus coplas, interesa destacar unas vigorosas quintillas de Villalpando, pueblo concepcionista que proclamó con valerosa decisión la limpieza original de María. En Villalpando se hizo la guerra de las Comunidades al grito de: ¡Viva la Purísima Concepción!

El brillante periodo de los cancioneros representa en la literatura española, la proclamación devota del dogma mariano, glosado en cantos populares por la trova juglaresca: Alvarez de Villasandino; el poeta Fernán Núñez de Guzmán; el gran señor de la poesía, Marqués de Santillana, según le llamara Menéndez y Pelayo, y muchos más, sumados a los insignes poetas aragoneses, fueron decididos cantores de María Inmaculada.

¡Y cómo no hemos de recordar a Fray Ambrosio de Montesinos, poeta predilecto de la Reina Católica! Montesinos llamaba a la Virgen: Toda limpia sin mancilla—eres bienaventurada—obra de gran maravilla—es tu santidad probada.

En el Cancionero de Hernando del Castillo, 1.511, se incluyen numerosas poesías marianas laudatorias de la Inmaculada.

Ahora, que a la cabeza de los poetas inmaculistas del siglo XVI figura, sin disputa, el príncipe de la poesía lírica española, Fray Luis de León. Fray Luis, es un poeta que hace profesión de fe en el misterio encumbrado de María Inmaculada: Nací para ser tuyo, dice a la Virgen, este glorioso hijo de San Agustín. Y recordemos también aquella otra invocación de la más limpia estirpe concepcionis-

ta: Virgen no inficciónada de la común mancilla y mal primero que el humano linaje contamina:..., tan peculiar de su claro talento teológico y de su ardorosa lumbre poética.

Con Fray Luis, hacen coro en el canto a María Inmaculada el famoso autor de la bella poesía: Para dar luz inmortal..., en donde palpitan los dos grandes amores del alma española: El amor a Jesús Sacramentado y a la Virgen, pura y bella. O aquel lindísimo recuerdo dedicado a la Concepción de María por Bartolomé Carrasco; o el apasionante fervor hacia este misterio del príncipe de Esquilache; y la maravilla inmaculista del bachiller de Céspedes, en el Cancionero general de Sevilla, 1535, o aquel canto del insigne historiador Solís; o el inspirado por el talento poético de Jáuregui, Ulloa, el franciscano Fray Antonio de Panés, o el celo eucarístico y mariano del franciscano P. Santiago, autor del Bendito, y tantos cantores más de la concepción sin mancha de María que florecieron en el frondoso jardín del inmaculismo español.

Otra viva expresión de este movimiento literario-poético, alumbrada en el alma de nuestro pueblo, es la popular redondilla del sevillano Miguel Cid. Cid, logró despertar un sentimiento inmaculista, de incontenido fluir, jamás igualado, con estas sencillas coplas: Todo el mundo en general—a voces reina escogida—diga que sois concebida—sin pecado original.

Los poetas inmaculistas forman ya una impresionante constelación de luz en el limpio cielo de nuestra Patria, singularmente en estos siglos dorados de anchos vuelos imperiales, cuando España era universo y andaba ocupada en conquistas misioneras y evangelizadoras.

Sería interminable la reseña del coro de voces poéticas que cantan la concepción sin mancha de la Virgen María. Sólo el recuerdo de Lope de Vega, luminar mayor de nuestra literatura, bastaría para situar a España en la cumbre más alta del inmaculismo universal. Lope canta a María Inmaculada con estilo poético arrebatador, de manera especial, en la Limpieza no Manchada, compuesta para el célebre juramento de la famosa universidad de Salamanca, en honor de la Inmaculada.

Y el solenne lirismo inmaculista de nuestros poetas inmortales trasciende al teatro nacional con Tirso y Calderón... Poetas, líricos y dramáticos echan sobre el vigoroso brío de su estro magnífico, la inmensa tarea de vulgarizar con las notas armoniosas de sus versos, la profunda razón, de índole teológica, que hizo posible el famoso epiquerema de Escoto, traducido en tan claros y profundos términos: Pudo, convino, luego lo hizo. Fórmula que el ingenio de nuestros poetas sublimó con estos floridos versos: ¿quiso y no pudo? No es Dios—¿Pudo y no quiso? No es Hijo—Digan, que pudo y quiso.

No hay literatura en el mundo que haya proclamado una fe tan viva y de ardor inacabable hacia este misterio de la Inmaculada, como la nuestra. Y es que los españoles nos podemos ufanar de haber presentido esta fúlgida verdad mucho antes que la voz augusta del

celeste Pontífice de la Inmaculada, Pío IX, la proclamara dogma de fe.

Una impetuosa y sonora cascada de oro, de perlas y diamantes, y rubíes, y zafiros, y esmeraldas, y rosas, claveles y jazmines, y lirios blancos, y nardos olorosos, de jacintos y cándidas azucenas, de la mejor y más selecta poesía española, va desgranándose a lo largo del tiempo, en torno a este apasionante misterio de la Concepción sin mancha de la Virgen, poniendo en sus versos, cuajados de luz y aromas celestiales, la fe inmaculista con que la Iglesia iba iluminando el alma del pueblo hasta formar ese hondo remanso de amor a María Inmaculada que se traduce al fin, en una copiosa explosión mariana que lo llena todo en nuestra Patria.

Porque no hay poeta español, singularmente en estos tiempos áureos, que no haya ofrecido el fruto maduro de su saber y las galas de su temperamento lírico, a cantar la más admirable prerrogativa de esta Reina y Señora, Estrella resplandeciente, sin manchilla de pecado: La Santísima Virgen María, Madre de Dios y Madre nuestra.

Diciembre-961.



GLORIA IMPOSIBLE

*Yo ayunaré, mi amor, como un novicio
y velaré en tu altar eternamente;
postradas las rodillas y la frente
ofreceré los hombros al cilicio.*

*Yo aceptaré por bien cualquier suplicio;
con gozo iré romero y penitente
por desiertos a ti; devotamente
te ofrendaré mi vida en sacrificio.*

*Y, aunque será quimera e imposible
el logro para mí de esa ventura
con que mi amor te sueña, obsesionado,
yo iré tras de ti, Gloria inaccesible,
abierto el corazón a esta locura
que me hiere de luz en el costado.*

José CANAL